

EL MILAGRO DE SAN DIEGO

España siempre ha sido tierra galante y católica por excelencia y así todos los empeños difíciles de su vida pública y privada los confía a la resolución de los bienaventurados de la corte celestial. Así acaeció cuando las opulentas matronas de Alcalá de Henares alzaron en querrela al santo patrón de la ciudad para pedirle la merced que se trae a cuento en estas líneas.

Fué el caso que cierto día que las buenas vecinas de la docta ciudad pensaron en que no era justo ni equitativo que mientras pasaban los crueles tormentos a que toda mujer está sujeta para echar hijos a este valle de lágrimas que llamamos mundo, la verdadera causa de sus molestias se estuvieran tan orondos y tranquilos, como si nada tuviesen que ver en tal trance.

Celebraron entre sí varias consultas, y al cabo determináronse a recurrir al bienaventurado con cuyo amparo honrase aquel emporio de las ciencias y las letras. Ya que no había forma de evitar las mo estias del parto, que por lo menos sufriesen la mitad de los dolores los padres de la criatura.

El santo no respondió una palabra y como ya es sabido que quien calla otorga, las mujeres dieron por admitida su demanda. Pasó un buen espacio de tiempo sin que en Alcalá registrárase un nuevo nacimiento.

Sin duda el santo, para disponer las cosas según el deseo de sus caprichosas devotas, había menester de una tregua. Se avistó con San Ramón Nonato y consiguió aquel compás de espera.

Un día la mujer del Corregidor sintió las angustias propias del alumbramiento, pero no con aquella intensidad que había sentido las veces pasadas. —«Ya está aquí el milagro del santo, pensó; ahora estará mi marido retorciéndose a puros retortijones». Pero, cuál no sería su asombro cuando vió entrar al Corregidor

tan rollizo y sano como solía, y más cuando le oyó decir que acababa de darle a su sobrino el alférez de guardias un torozón tan fuerte que todos pensaban que echara el alma por la boca.

De allí a dos fechas viéronse en el mismo trance la rectora y la mujer del sacristán de Santa Maria, y mientras sus maridos estaban con tan buena salud como el Corregidor, revolcábanse pidiendo confesión, un sopista de prima de leyes, y el párroco de la iglesia en que Cervantes recibió las aguas del bautismo. Y por este orden aconteció en más de veinte partos que se ofrecieron por aquellos días.

Las mujeres estaban alarmadas. No comprendían aquella burla del santo y decidieron visitarle de nuevo para pedirle explicaciones.

El bienaventurado de Dios escuchólas con mucha cachaza como buen fraile que era, y cuando acabaron de exponer su querrela por boca de la corregidora que por su autoridad llevaba la voz cantante:

—Hijas mías, en vosotras está la falta, que no en mí. ¿No me pedisteis que compartiera vuestros dolores de parto con los padres de vuestros hijos? Pues bien al pie de la letra lo cumplí. ¿Por ventura entonces se os acordó de vuestros maridos?

Comprendieron su error las buenas hijas y vecinas de Alcalá y entonces suplicaron a San Diego que derogara el privilegio concedido y sufrieran ellas solas el dolor de echar hijos al mundo, pues de la otra manera no quedaría casa en paz y con honra en toda la ciudad.

LOS ZAPATOS MORDORE, POR R. GOMEZ DE LA SERNA

*Ella casi todos sus besos, sus caricias, sus infidelidades al hombre que se creía seguro de su situación cada temporada, tenían por objeto que la comprasen unos zapatos que habían de ser zapatos mordore.*

*Siempre iba por las calles con una caja inconfundible, que aunque bien pudiera parecer una caja de papel y sobres, un paquete de libros, una cafetera, un juguete, siempre parece lo que es. El que lleva una caja de zapatos, no puede hacer creer a nadie que lleva otra cosa. Es una fatalidad.*

*Todos los días ella tiraba un par de zapatos nuevos al fondo del cuarto de los baúles, donde caían produciendo ese estrépito característico de los zapatos. Tenía aquella habitación atestada de zapatos mordore, pero como la única preocupación de su vida era no ir ya jamás con los zapatos rotos, no se saciaba nunca, y los caballeros que la cortejaban recibían siempre la misma e impenitente petición:*

*—Pero me has de comprar unos zapatos mordore...*

*Ya la llamaban «la de los zapatos mordore», y en las zapaterías conocían su número de memoria, sacándole en seguida los zapatos que la habían de gustar.*

*Encarna estaba satisfecha, se sentía feliz con aquel depósito de zapatos que le permitiría ir siempre sobre el patín de una hermosa suela y un hermoso tacón...*

*Tan conocida llegó a ser la manía de Encarna, que en esos días de escándalo, borrachera y juerga en los entresuelos de los cabarets elegantes, los retardados gritaban al ver por lo alto sólo el pie de una mujer que había caído debajo de la mesa:*

*—¡Encarna! ¡Encarnita!*